

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La Iglesia quiere y pide que se aunen los pensamientos y las fuerzas de todas las clases para poner remedio, el mejor que sea posible á las necesidades de los obreros, sobre todo con instituciones Católico-Sociales permanentes y Sindicatos. LEÓN XIII, Encíclica Rerum novarum y Pío X encíclica, 11-VI-905, etc.

(OBRAS, NO PALABRAS)

«Todas nuestras Encíclicas responden á procurar el bienestar del pueblo y á que éste aprenda sus derechos y deberes y á dirigirse á sí mismo.

León XIII al General de los franciscanos, Carta 25 Noviembre de 1898.

ÓRGANO :: QUINCENAL

DE LA ACADEMIA CATÓLICA DE CUESTIONES SOCIALES Y DE SUS SINDICATOS OBREROS

PARA LOS OBREROS
SE REPARTE GRATUITAMENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: P. MARIANO SANZ, 12
Horas: de 5 á 11 noche y de 10 mañana á 11 noche los días festivos

PARA LOS BIENHECHORES
100 ejemplares, 1'50 ptas.

Se suplica la circulación de este periódico, como lectura de propaganda.

Amor á la Santa Iglesia

I

¡Amar á la Santa Iglesia! ¡Parece que no debiera haber necesidad nunca de exhortar á los hijos á que amen á su Madre, y tal Madre!

Mas ¡ay! en la conciencia de todos está que tan santo y debido amor, en muchos se ha resfriado, en otros ha disminuido y en no pocos ha desaparecido por completo.

A todos nuestros Maestros y Guías por los senderos del cielo, Jueces natos en las causas de Dios y Padres, engendrados de nuestro espíritu en la fe y la piedad, debemos todos no solamente respeto y humilde subordinación, obediencia interna y externa, sino lo que vale más que esas virtudes, y sin lo cual ninguna puede á lo largo subsistir; les debemos amor. No un amor puramente ideal, abstracto, platónico, y, digámoslo así, de cabeza; mas un amor de corazón, verdadero, concreto, real, fundado en motivos sobrenaturales y divinos, que resista á las rudas pruebas de las adversidades y en la prosperidad no se desvirtúe ó desvanezca.

Amar es querer bien, querer el bien á quien se ama; y si es verdadero el amor; y no veleidad pasajera, únicamente lo imposible puede poner obstáculos á la expansión del corazón que ansía el bien del amado.

Esto supuesto, consideremos en qué cifra su bien, cual es el bien que la Iglesia nuestra madre desea recibir de los que la aman; y hallaremos que es el mismo que exigía Jesús de sus amados discípulos como prueba de amor: «Si me amais, guardad mis mandamientos.» «Quien ha recibido mis mandamientos y los observa, ese es el que me ama.» Como si dijera: Esto es amar, porque esto no se puede hacer sin amor; de la observancia de mis mandatos se deriva mi gloria, y acrecentada mi gloria se acrecienta nuestro mutuo amor.

Siendo esto así no puede menos de deplorar el corazón cristiano la falta de estos testimonios para con los Pastores de la grey de Cristo; más aún, los ineludibles testimonios contrarios en todas las clases sociales. Porque los mandamientos de Dios que la Iglesia hace suyos, y los mismos de la Iglesia que no son sino aplicaciones de los de Dios, se ven á cada paso conculcados á pesar de las repetidas exhortaciones de esta santa Madre; y las enseñanzas católicas encaminadas al bien de gobernantes y gobernados, y que una constante tradición y experiencia garantiza; han sido recibidos por unos y por otros en más de una ocasión á silvidos.

La Iglesia, pues, puede decir encarándose con estos ingratos hijos: Si soy vuestra Madre, ¿qué habeis hecho de mi honra? Si me reconocéis por Madre vuestra, y como lo proclamais en el Credo, por Santa ¿donde está el amor que á mi santidad y á mi maternidad se debe?

P. J. A.

A UN ATEO

¿Quién nivela y dirige en el vacío
La legión de los astros numerosa?
¿Quién opone á la noche tenebrosa
La luz del día, y el calor al frío?
¿Quién las nieves engendra y el rocío?
¿Quién desata la fuente bulliciosa?
¿Quién tiñe en el verjel la fresca rosa?
¿Quién platea los peces en el río?
¿Quién da instinto á los brutos y á las aves?
¿Quién modera las aguas turbulentas
Que son terror á las cansadas naves?
¿Quién apaga la voz de las tormentas?
Responde á mis preguntas, si lo sabes...
Y si no crees en Dios... calla y no mientas.

Raimundo de Miguel.

Progresos

No se puede negar que los modernos principios hayan reportado á la humanidad progresos positivos. He aquí las pruebas:

El tributo de dinero: A Francia no driza del liberalismo y de los derechos del hombre, cuana donde se me-

cieron los principios del 89, le costó la primera revolución en solos 15 años la nada de 53.463 millones de francos, es decir, diez veces más de lo que le costaron los mil trescientos setenta y dos años de antiguo régimen.

El imperio del tercer Bonaparte, modelo excelente de libertad tiránica, encontró al subir al trono una deuda de 7.000 millones, doble ya de lo que era antes; pues á causa de la guerra, con que abrió á sí y á Francia el abismo de perdición, la hizo progresar otros 17.000 millones más.

¿Quieren ustedes otra prueba? Héla aquí:

El tributo de sangre: No hay Estado moderno á quien no parezca insuficiente su ejército para detener á los enemigos de fuera y sujetar á los conspiradores de dentro.

Las levas y quintas hacen progresar más y más la carne de cañon, es decir, la felicidad que regala á sus pueblos es convertirlos en escuadrones, y batallones, á fin de que á la hora que quiera y como se le antoje, vayan á hacerse despedazar por otros pueblos, también civilizados, y convertidos en hueste. Pero ¿si nada se adelanta con eso? ¿si moral y físicamente se arruina la juventud? si se quita á los padres y á las familias el único sosten en que se apoyan? No importa: lo exige la mayor gloria de la civilización y la honra de la libertad, Rendez-vous.

Morrandez

Á las ventaneras

Mujer que pasa la vida
Asomada á los balcones,
Es flor que vive en su tallo
Siempre, y que nadie la coge;
El abejorro la asedia,
El viento la descompone,
La mariposa la pica
Y el gusano se la come.

Barón de Hervés.

Un rato de conversación

¿Qué es la Bula?

Doña Rita.—Cuanto me hubiera gustado que hubieras oído, Manolo,

esta mañana al señor cura. Ha predicado un sermón muy práctico y ameno.

D. Manuel.—Si, para sermones estoy yo, con tantos asuntos y con los disgustos que estos proporcionan. Ni aun en Misa he podido estar, y ya sabes que no me gusta faltar como pueda. Pero, dime, ¿de qué ha predicado?

Doña Rita.—De eso que tanto critican muchos que se llaman católicos y aun lo desprecian siendo tan gran beneficio: de la Bula.

D. Manuel.—Yo no critico nada de lo que hace la Religión, me ocupo en mis cosas y nada más; cada uno que vaya por donde quiera y á mí que no me molesten. Algo de *socalina* me parece á mí la Bula; pero lo dejo estar, con no tomarla estoy despachado.

Doña Rita.—¿Pero sabes lo que es la Bula, Manolo?

D. Manuel.—Yo entiendo, porque las he visto, que las Bulas son unos trozos de papel mediano no muy bien impreso, que se venden para no sé que lios á dos ó tres y más reales en las sacristías de las parroquias por el tiempo de Cuaresma.

Doña Rita.—Estás muy equivocado, Manolo, y así no me extraña que estés tan indiferente para tomar la Bula. Si quisieras oírme, yo te explicaría lo que es, recordando lo que he leído en los libros y oído en las explicaciones parroquiales.

D. Manuel.—Con mucho gusto, Rita, que aun cuando despreocupado para las cosas de Dios y del alma, no soy enemigo por sistema de las enseñanzas de nuestra Religión. Al fin somos católicos y no reniego de mis creencias, por más que no me gusten los inogigatos.

Doña Rita.—La Bula de la Santa Cruzada (que así se llama) es una colección de favores que el Romano Pontífice ha concedido á los españoles en distintas épocas, en razón á su fervor religioso, cuando con tanto valor y tantos sacrificios defendieron los santos lugares donde Jesucristo nació, vivió y murió, y cuando después echaron á los mahometanos ó moros de España. Estos favores están recopilados en un documento que se